

Trascendencia

MARÍA SOLEDAD ESPINOZA RAMELLI

MENCIÓN HONROSA

Pienso, desde hace algunos días, en la trascendencia. Me gustaría que mi nombre quedase en la memoria de quienes me conocieron o podrían conocerme a futuro. ¿Es necesario haber vivido una larga vida para ello? No lo creo. Pero se necesita, sin embargo, hacer algo grande y singular, algo que no pueda ser olvidado. Empresa ahora difícil, pues el tiempo se acaba. ¿Escribir una novela como El Quijote? No creo conseguirlo. ¿Hacer un gran descubrimiento? No soy inventor. ¿Crear un nuevo orden social o un partido político que recoja los deseos y esperanzas de todos? Sería maravilloso, pero para semejante aventura se requiere ser místico, optimista o poeta. Y yo no soy nada de aquello. ¿Ser un héroe de guerra? Cuál guerra, ya todas pasaron y si hubiera una nueva, yo de seguro ya no estaré. Se puede obtener la notoriedad momentánea con una extravagancia cualquiera, idiota o ingeniosa, pero no es eso lo que busco: desearía la notoriedad a la manera antigua, la de un David, de un Sócrates, de un Newton o un Napoleón. Podría, como tantos imbéciles de esta época, tirarme desde el Costanera Center o caminar desnudo por Valparaíso. ¿Y luego? Algunas líneas en los periódicos, una fotografía en alguna plataforma digital y después de un par de días, silencio y olvido. Tampoco sé pintar ni componer música. No tengo millones para regalar ni soy prodigio ni loco. Un poco iluso, tal vez. Carezco de la intuición mágica de lo nunca visto o la potencia de un espantoso genio. Además, estas son cosas que no se compran ni se improvisan. Sin contar que el resultado puede ser, en vez de la fama eterna, la breve popularidad. He consumido más de la mitad de mis cuarenta y ocho años de vida en construir una familia y me parece que es lo único que dejaré cuando esta enfermedad me abata. ¿Podría alguien decirme que esto no es suficiente para trascender?